

13 Cartas inéditas de Leopoldo Alas a Rafael Altamira, y otros papeles

*A don Rafael Altamira (hijo),
cordialmente agradecido.*

Unas palabras de Rafael Altamira (que copio seguidamente) informan de cuándo y cómo nació su relación literaria y amistosa con Leopoldo Alas: «Mi amistad con Alas empezó en 1886, con motivo de publicarse en una revista de Barcelona («La Ilustración Ibérica») mi primer libro titulado *El realismo y la literatura contemporánea*. Alas colaboraba en la dicha «Ilustración», y leyó mis capítulos. De ahí que preguntase al Director de aquella, quién era yo; con la particularidad de que mi firma le parecía ser un pseudónimo. El Director le disuadió de esa hipótesis y me envió a mí la carta de Alas. Yo estaba ya en Madrid, y trabajaba para ser Doctor en Derecho con profesores como Giner de los Ríos, Azcárate y otros. Escribí a Don Leopoldo contándole mi situación, mis aficiones y la vocación que me apuntaba de entrar en el profesorado. Me contestó en seguida; y he ahí cómo se originaron nuestra amistad y nuestra correspondencia»¹.

(1) RAFAEL ALTAMIRA, *Tierras y hombres de Asturias* (México, 1949); pág. 12.

El realismo y la literatura contemporánea es una serie de artículos en torno a la palpitante y disputada cuestión del naturalismo, los cuales se distinguen por la documentación y ecuanimidad del autor. Su inserción comenzó en el n.º 173

En el presente artículo se documenta semejante relación, utilizando para ello trece cartas inéditas² de Leopoldo Alas a Rafael Altamira (que van de 1887 a año imposible de precisar: desde 1897 hasta 1901 pudiera datarse la última carta que se ofrece), y otros papeles con textos de ambos amigos y colegas.

* * *

No ha llegado a nosotros esa carta dirigida por «Clarín» al director de «La Ilustración Ibérica» preguntándole, interesado, por el colaborador Rafael Altamira. La primera de las cartas conservadas está fechada en Oviedo el día 13 de junio de 1887 y es acogedora respuesta a cuanto el joven escritor (poco más de veinte años) le había contado de sí mismo; en ella se muestra un Leopoldo Alas rebosante de cordialidad, abrumado por el escaso tiempo disponible y el mucho trabajo obligatorio.

(24-IV) y concluyó en el n.º 199 (23-X); no aparecieron las veinte entregas en números consecutivos de «La Ilustración Ibérica», «semanario científico, literario y artístico» que dirigía Alfredo Opisso. // Para la colaboración de Alas en dicha revista véase: Sergio Beser y Laureano Bonet, *Índice de colaboraciones de Leopoldo Alas en la prensa barcelonesa* («AO.», Oviedo, xvi, 1966; págs. 162-170).

Rafael Altamira y Crevea nació en Alicante el 10 de febrero de 1866 (era casi catorce años más joven que Leopoldo Alas) y murió en Méjico el 1.º de junio de 1951. Se licenció en Derecho civil y canónico por la Universidad de Valencia en 1886. Pasó después a Madrid, donde se doctoró (diciembre de 1887) con una tesis titulada «Historia de la propiedad comunal», dirigida por Gumerindo de Azcárate, e hizo amistad con Francisco Giner de los Ríos y otros miembros de la Institución Libre de Enseñanza, a la que Altamira había de adscribirse, (véase al respecto el libro de MARIA DOLORES GÓMEZ MOLLEDA, *Los reformadores de la España contemporánea*, Madrid, C. S. de I. C., 1966). El estudioso alicantino Vicente Ramos ha publicado recientemente una extensa y documentada biografía de Rafael Altamira. (Madrid, Ediciones Alfaguara, 1968).

(2) Las trece cartas inéditas de L. Alas que ofrezco me han sido amablemente facilitadas por D. Rafael Altamira Redondo. Dionisio Gamallo Fierros guarda la otra cara de este epistolario. Amablemente Gamallo me comunica que son 21 las cartas de Altamira a Leopoldo Alas que obran en su poder, desde la primera —con fecha 12-VI-1887, en papel timbrado del Ateneo de Madrid— hasta la última —fechada el 11 de octubre de ¿1895?—. «El tono general del epistolario de Altamira —comenta Gamallo Fierros— es de gran admiración por «Clarín», pero de no menos afecto que admiración. (...) También se caracterizan las cartas de Altamira por no tener esquinas ni asperezas; le conforman como persona educada y agradecida.»

Oviedo, 13 de Junio 1887.

Sr. Dn. Rafael Altamira.

Muy estimado compañero y señor: deajo a un lado los preámbulos que pudieran servir de contestación a lo que la modestia le ha hecho escribir a Vd. Claro que recibo muchas cartas y que me voy derecho a la firma y que al ver la de Vd. tuve una satisfacción y que leí su carta con muchísimo interés y gusto. Desde luego acepto todo lo que Vd. me propone. Unas veces le escribiré yo a Vd. muy largo sin que Vd. me escriba. Otras veces contestaré en pocas palabras a lo que me diga Vd. porque tendré prisa. Hoy tengo mucha y por eso le escribo poco. No he leído de Vd. más que artículos de la *Ibérica*; la serie sobre el naturalismo me ha probado que tiene Vd. verdadero talento, vocación de crítico, perspicacia y gusto... aunque esto último, según yo lo entiendo, necesita confirmación en trabajos de otra índole. Es indudable que hay defectos en su estudio, es probable que algunos de los que me parecen tales no lo sean y no pasen de diferencias de opinión entre nosotros. Pero de todas maneras, o yo entendí mal o no es de esto de lo que Vd. quiere tratar por ahora.

Desde que lo leí juzgué distinguido entre la multitud al escritor que no conozco. Sé poco de Vd. todavía, aunque adivino algo y tendré mucho gusto en ir conociéndole mejor. Mi correspondencia es mucha, pero gracias a una severa selección me voy quedando sólo con la parte útil. Su amistad con mi queridísimo Dn. Francisco Giner (el último apóstol) y sus relaciones intelectuales con el Sr. Salmerón, también mi maestro muy respetable y estimado, ya se reflejan en su trabajo citado. Creo que no se puede encontrar en España, pese a la moda, mejor fuente para la sed del pensamiento. Sólo hay una musa superior a Giner: la originalidad. Pero la espontaneidad más Giner, miel sobre hojuelas.

Yo le escribiría hoy a Vd. muchísimo si tuviese tiempo, pero no lo tengo. Dos de mis grandes defectos son levantarme muy tarde y escribir para cenar; de modo que las pocas veces que cojo la pluma se me ocurre que debo ganar el tiempo perdido y escribir para la imprenta a quien siempre debo muchas cuartillas.

Insisto en que me ha sido Vd. muy simpático y en que deseo mucho que Vd. me tenga por confidente de sus ideas y propósitos

de literato y en que yo también le escribiré largo y tendido cuando pueda.

Suyo desde hoy su amigo, admirador y affmo. s.s. q.b.s.m.,

Leopoldo Alas.

No lleva fecha la segunda de las cartas, pero creo debe colocarse en 1888 y dentro del mes de abril. Ese año fue calamitoso de salud para Alas —«Yo estoy malucho; hace muchos meses que en esto de la salud doy una en el clavo y ciento en la herradura», le decía a Galdós el 13 de julio, ya de veraneo en Guimarán³—; por ese mes, e incluso antes, andaba a vueltas, pese a todo, con *Su único hijo*, la novela que no saldría hasta 1890 —«Estoy haciendo de novelista otra vez y me ocupo en una novelita intitulada «Su único hijo» que es una especie de introducción para «Una Medianía»⁴—; finalmente, el artículo de Altamira por el cual le da las gracias «Clarín» salió en «La Justicia», número del 11 de abril de 1888.

Sr. Dn. Rafael Altamira.

Mi estimado amigo y compañero: mucho tiempo hace tengo proyectado escribirle, y con el deseo de hacerlo con mucho espacio y a mi gusto, he ido aplazando mi determinación, y por no retrasarla más, allá va ésta ... cuando menos puedo escribir. Acabo de pasar una mala temporada de nervios: hace ocho días tuve un *ataque*, como lo llamo yo a falta de palabra más exacta, gran jaqueca acompañada de mil rarezas nerviosas indescriptibles, tan pasajeras y de poca importancia, según me dicen, como endiabladamente molestas. Ayer repitió la función, con menos furiosos ... de modo que ya ve Vd. si estaré para escribir. Pero quiero darle las gracias por su espontáneo artículo «Clarín» y Palacio Valdés en Italia⁵. Incapaz yo de insinuar esa clase de anuncios y reclamos,

(3) SOLEDAD ORTEGA. *Cartas a Galdós* (Madrid. "Revista de Occidente". 1964): pág. 248.

(4) *Idem.*, pág. 246 (Oviedo, 17 de marzo 1888).

(5) Véase el texto del artículo en Apéndice I.

los agradezco como el primero, cuando nacen tan de la voluntad de quien me favorece con ellos. Dios se lo pague a Vd.

Ahora tengo entre manos (es decir, de tarde en tarde me acuerdo de él, porque mis [¿molestias?] no me permiten otra cosa) "Su único hijo", novela entre analítica, sentimental y humorística que es una especie de peristilo (con unidad) de "Una Medianía"⁶. En fin, Dios y los nervios dirán. Y Vd? Me dice Moliner que tiene un largo trabajo de Vd. Ya sabe que leo con mucho gusto todo lo suyo, y que el elogiar su estudio sobre el naturalismo de la Ilustración [Iblérica] fue también en mí espontáneo.

Al Sr. Verdes Montenegro⁷ que si no he contestado a sus cartas de "La Justicia" fue por mis males, pero que le estoy agradecido y que le escribiré con mucho gusto. Al Sr. Atienza⁸ que no tomen ahí a pereza la interrupción de mis artículos: es que el médico no me deja trabajar estos días y todo lo mío que se publica por ahí es de semanas atrás. ¡Qué vida esta! Gastar en acuñar ochavos morunos las fuerzas y el arte que podrían emplearse en hacer por lo menos ... una peseta!

Supongo que les habrán mandado a VV. de casa de Fe mi último folleto⁹, y les agradecería que lo anunciaran, pero sin bombos. Aunque haya varios periódicos de circulación que no hablan

(6) *Su único hijo* era el volumen primero de una tetralogía novelesca, continuada por *Una medianía*, proseguida en *Juanito Reseco* —desenfadado periodista que fugazmente aparece en las páginas de "La Regenta"— y cerrada por *Spe-raindeo*, amigos ambos de Antonio Reyes, la "medianía", el hijo de Bonifacio Reyes, protagonista de *Su único hijo*.

(7) JOSE VERDES MONTENEGRO (Valencia, 1866), médico, periodista y autor de libros de verso como *Colores y notas* —Madrid, 1883; en colaboración con Manuel Corral y Maira— y *El incrédulo, poema dramático* —Madrid, 1885—. Amigo de Campoamor, compuso acerca del poeta de las Doloras un "estudio literario" —Madrid, 1887— con el que perseguía como objetivo "recabar para nuestro país legítimas glorias que de derecho nos corresponden", esto es: mostrar la radical originalidad campoamorina.

(8) ANTONIO ATIENZA Y MEDRANO, que a la sazón dirigía "La Justicia" (dirigió este diario hasta 1889, año en que se ausenta de España), fue muy activo periodista, especializado en temas económicos, redactor de "La República" (1872) y de "La Propaganda" (1879) y colaborador de "La Ilustración Española y Americana". // Altamira fue también director de "La Justicia", órgano del partido político acaudillado por Nicolás Salmerón, de 1891 a 1893.

(9) Es el cuarto de los "Folleto literarios", titulado *Mis plagios. Un discurso de Núñez de Arce* y aparecido a mediados de abril de 1888, otro pormenor que refuerza la datación que proponemos para esta carta de Leopoldo Alas.

de mí (Imparcial. Liberal. Epoca. etc.) me da vergüenza ver mi nombre muchas veces en los periódicos amigos, aunque la compensación sería justa. Así he tenido que atar corto a los amigos del Globo⁹ bis, y en La Justicia, por Vd. principalmente, veo tendencia [sic] también a elogiarme demasiado. Yo no puedo decir con Barbey d'Aurevilly que hay un placer singular en *sentirse una potencia*, pero sí puedo asegurarle que he gustado muchas veces una voluptuosidad análoga: la de *sentirme una justicia*, la de estar seguro, absolutamente, de tener razón en cosas de *gusto*, contra todas las apariencias y contra muchas autoridades y presiones. Escríbame Vd. de cuando en cuando sus impresiones. Trabaje mucho ... ¡pero con *higiene!* ... y diga al Sr. Atienza y demás amigos y compañeros, que en cuanto pueda reanudaré mi colaboración.

Suyo muy verdadero amigo,

Leopoldo Alas.

La tercera carta ofrece, junto a la confesión de lo mucho que le cuesta escribir a Leopoldo Alas, enfermo como estaba, cargado de ocupaciones no siempre gratas, preocupado y a veces irritado, el testimonio de su fervoroso respeto por Giner de los Ríos, «uno de los hombres a quien más quiero»¹⁰. Sale a relucir también la actitud política de Alas, republicano convencido, plenamente hostil a la figura y a la obra de Cánovas del Castillo, protagonista de uno de los «Folletos literarios» (el segundo: *Cánovas y su tiempo*, 1887, que constituye durísimo varapalo). Ocurre que casi a fines de 1888 «Clarín» y Altamira aún no se conocen personalmente.

Sr. Dn. Rafael Altamira.

Mi querido amigo: ante todo, bendita y alabada sea la *acción popular* ejercitada contra Cánovas y los suyos. Aquí los estudiantes han sido tardíos pero seguros. Puede Vd. decir en La Justicia,

(9 bis) Diario republicano adicto a Emilio Castelar; dirigido, primero, por Manuel Troyano y, a partir del 10-II-1888, por Alfredo Vicenti.

(10) La respetuosa devoción de Alas hacia Giner de los Ríos nació cuando, recién llegado aquí a Madrid, tuvo ocasión de asistir a sus lecciones de cátedra

seguro de decir la verdad, que los estudiantes de Oviedo protestaron también enérgicamente, cuasi unánimes (y eso que aquí *predican* el tomismo y el pidalismo) celebrando un *meeting* y una manifestación por las calles [varias palabras ilegibles].

Mucho me alegraré de que Vd. y demás amigos hagan del Boletín¹¹ una buena revista, pues mucha falta hace.

Por Vd., con quien tanto simpatizo, aun sin haberle hablado ni visto, y sobre todo (vea si soy franco) por Dn. Francisco Giner, uno de los hombres a quien más quiero, el que más respeto de fijo, muerto mi padre, haré yo lo que mucho trabajo me cuesta que es escribir de balde aunque sea dos o tres veces al año sólo.

Ya sabe Vd. que vivo principalmente de lo que escribo, que cada vez tengo menos ganas de escribir (y aun de leer) y que gracias que me decido a manejar la pluma el tiempo suficiente para ganar los garbanzos. A pesar de esto, haré el esfuerzo preciso y dos o tres veces al año, como me piden, les daré algo, por supuesto sin que me apuren.

He empezado a leer su novela, pero la dejo hasta que se concluya, porque no puedo ya leer obras largas en pequeños sorbos¹². Reservo para después de terminada mi juicio. Desde luego se ven dos cosas: al joven y al hombre que no es vulgar ni para pensar ni para sentir.

y de conocerle personalmente. Giner dirigió la tesis doctoral de Alas quien, al publicarla en 1878, se la dedica, declarándose "su sincero amigo y reconocido discípulo". Tiempo después escribiría Alas estas palabras (pág. 7 del volumen *Ensayos y revistas*): "Para mí Giner de los Ríos es padre de algo de lo que más vale dentro de mi alma."

(11) Creo se alude al "Boletín de la Institución Libre de Enseñanza" (BILE.), cuyo primer número vio la luz en 1877 y fue dirigido algún tiempo por el mismo Giner. Insertaba artículos de vario tema, textos de conferencias, traducciones, reseñas de libros y revistas. Gómez Molleda (*ob. cit.*, pág. 267) afirma que sus páginas "son el más elocuente testimonio del impacto religioso que los alumnos recibieron de sus maestros." En 1965, cincuentenario de la muerte del fundador de la Institución, se publicó en Méjico un número especial del "Boletín" en su homenaje.

(12) Es la titulada *Un bohemio*, ofrecida en entregas por "La Ilustración Ibérica", Barcelona, del 20-X al 29-XII-1888.

Ni ahora ni nunca piense Vd. que le olvido, aunque no le escriba.
Cada día me cuesta más trabajo.

Recuerdos a los amigos y le estima mucho su compañero affmo..

Leopoldo Alas.

Extensa y sabrosa carta la que hace el número cuatro de este epistolario. «Clarín» tiene ya en mucho a Altamira: piensa escribir algo sobre él y lee sus artículos con atención y convencimiento. Ha salido a plaza el problema religioso, que es universal pero que en España reviste especiales y desagradables características; y Alas, que lo siente en carne viva, interviene y aconseja a su corresponsal, y lamenta que algunos doctos amigos y nobles espíritus —un Salmerón, un González Serrano— se manifiesten al margen de esa preocupación. Ahora anda Alas bien de salud y dedica algún tiempo a la esgrima como si estuviera preparándose para un duelo con alguno de sus muchos enemigos literarios y personales, los obtenidos a causa de la postura «absolutamente sincera e imparcial» adoptada como crítico inmediato; acaso Altamira, ejemplo de «un género [la crítica científica] que no se encuentra apenas en España», no haya de verse implicado jamás en esos lances. En 1891 L. Alas era catedrático de Derecho Natural en la Universidad de Oviedo y en el desempeño de su misión, que tanto le placía —«mi cátedra es mis amores», le decía a Rodó en carta de 8 de abril de 1900—, practica una especie de enseñanza diríamos informal y poco sistemática, pero sí hondamente formativa —«Partidario yo, como varios de mis queridos compañeros, de que nuestra enseñanza sea ante todo una amistad, un lazo espiritual, una corriente de ideas, y también de afectos, que vaya del profesor al discípulo y vuelva al profesor, y jamás se reduzca a un puro mecanismo, cuya única fuerza motriz sea la autoridad cayendo de lo alto; partidario de sugerir hábitos de reflexión más que de enseñar una ciencia, que acaso yo no tenga, [...]»¹³—; por

(13) Pág. 7 de *Un discurso* (Madrid, 1891; es el octavo y último de los "Folleto literarios").

ello no ha de extrañarnos la falta de programa y ese avance lentísimo por la asignatura adelante que se ponen de manifiesto en el párrafo de respuesta a Rafael Altamira, acaso pensando ya en oposiciones a cátedras.

Sr. Dn. Rafael Altamira.

1.º Abril 1891.

Mi querido amigo: el mismo día que recibí su carta, pero antes de recibirla, había yo planeado, allá en el magín, mi primer artículo para el Madrid Cómico de la colección que titulo, *Vivos y muertos*¹⁴, y daba la casualidad de que mi primer *vivo* era Vd. Conste, pues, que no es su carta quien me ha hecho acordarme de Vd. Ha sido una coincidencia, pensar yo en Vd. y Vd. en mí. Tampoco achaque Vd. a adulación ni a agradecimiento lo que voy a decir de Vd. No aspiro a otro título en cuanto *crítico*, que el de absolutamente sincero e imparcial. Hablo de Vd. porque creo que lo merece y porque creo que representa Vd. un *género* que no se encuentra apenas en España, y nos hace mucha falta.

He leído sus artículos de la Ilustración Ibérica¹⁵ (pero tampoco por ellos me determiné a hablar de Vd., a lo menos por ellos sólo, sino por otras cosas anteriores) que me han sorprendido y gustado mucho. Por ahí, querido Altamira, por ahí. Pero es claro, y a Vd. no hace falta advertírselo, que con mucho tiento por el peligro de la cosa en general, y por el peligro particular que ofrece en España donde todavía es peor enemigo la idolatría que la impiedad. Aquí me tiene Vd. a mí a pesar de todos mis pujos religiosos luchando en *Oviedo* a brazo partido con obispos y curas y periódicos neos¹⁶ que me insultan, calumnian, etc., etc.

(14) *Vivos y muertos* fue uno de los varios proyectos literarios que Leopoldo Alas no llegó a rematar; se trataba de una colección de semblanzas. En "Madrid Cómico" salieron: un palique que serviría de Prólogo al volumen (n.º 422, 1891) y artículos dedicados a Ramos Carrión, Vital Aza y Salvador Rueda (a lo largo de 1893). // Respecto a la colaboración de Alas en "Madrid Cómico" véase: NARCISO ALONSO CORTES, "Clarín" y el "Madrid Cómico" ("AO.", Oviedo, II, 1952, págs. 43-61).

(15) *El renacimiento religioso*: 7 y 14-III-1891.

(16) Le atacaba desde el periódico ovetense "La Cruz de la Victoria" el cañónico Angel Rodríguez Alonso en los artículos y notas que titulaba *Incidencias*;

No puede Vd. figurarse qué pena me dio oír a Salmerón un día en casa de Gonz.[ález] Serrano¹⁷, que él nunca había *sentido* la religión; y más pena me da (porque le quiero más todavía) que Gonz.[ález] Serrano me escriba que la religión le parece bien para el [¿humorismo? ¿humanismo?] de Renan, Campoamor ... y el mío.

Creo que va mejor Cincr. Yo, que tengo a Salmerón y a Gonz. [ález] Serrano por maestros queridos en filosofía, veo que en este punto de la religiosidad he consagrado ya muchas *más horas a meditar el punto* que ellos. Ven mucho, mucho, pero creo que les falta ver algo que es donde está el principio de la *tendencia constante* a lo religioso. En fin, no se trata de eso ahora.

A quien no puedo sufrir es al hijito de Salmerón y mucho menos al doctor *Escuder* ¡cuidado que es grosero! eso no es un filósofo, es un dentista.

Daré sus recuerdos a Buylla¹⁸ (¡si viera Vd. lo que vale Buylla!). A Pereda y a Armando [Palacio Valdés] puede Vd. dárselos de mi parte, porque los dos están en Madrid.

¡Ojo con el estómago o lo que sea! Los médicos son unos sabios, particularmente Simarro¹⁹, y debe Vd. cumplir al pie de

véase lo escrito sobre el particular por MARINO GÓMEZ SANTOS, *Leopoldo Alas "Clarín"*. *Ensayo bio-bibliográfico* (Oviedo, I. D. E. A., 1952), págs. 136-139.

(17) URBANO GONZÁLEZ SERRANO (1848-1904) fue catedrático de Psicología, lógica y ética en el Instituto de San Isidro (Madrid) y suplía a Salmerón en la cátedra de Metafísica de la Universidad Central. Pensador afecto al krausismo, crítico literario inmediato y autor de libros como: *Goethe* —Madrid, 1879; cuya segunda edición lleva prólogo de "Clarín"—, *Estudios críticos* —Madrid, 1892; con menciones elogiosas a L. Alas— y *La literatura del día. (1900 a 1903)* —Barcelona, 1903, donde se recoge el artículo "Un día de luto" que concluye así: "Excedió de lo vulgar y contra tendencias igualitarias y niveladoras de una democracia de oropel. Clarín es uno de los elegidos [...]"—.

(18) ADOLFO ALVAREZ BUYLLA y GONZÁLEZ ALEGRE (1850-1927), catedrático de Economía Política y Hacienda Pública de la Universidad de Oviedo cuando Alas y Altamira formaban parte de su claustro. Pasó a Madrid en 1902 y fue uno de los fundadores del Instituto de Reformas Sociales; profesor en la Institución Libre de Enseñanza y en la Escuela Superior del Magisterio. Publicó libros y artículos sobre cuestiones económicas y sociales.

(19) LUIS SIMARRO (1851-1921), médico, institucionista de la primera hora y catedrático en la Facultad de Ciencias de la Universidad de Madrid. Gran amigo de Juan Ramón Jiménez, quien estuvo viviendo en su casa de 1903 a principios de 1905; por Simarro entró Juan Ramón en contacto con los hombres y el espíritu de la Institución Libre de Enseñanza (véase: GRACIELA PALAD DE NEMES, *Vida y obra de J.R.J.* Madrid, "Credos", 1957; cap. XIII).

la letra lo que le manden. Mucho ejercicio y poco trabajo, a poco que Vd. no se sienta como un roble. Yo paseo como un azotacalles, no hay fiesta en que no esté y soy a estas horas un *espadachín*, un *gaucher* de cuidado, no para matar a nadie, sino por lo que suceda. No hay ejercicio como la esgrima, a mi edad, a lo menos.

Viniendo a lo primero, debo decirle que en mi cátedra el programa lo van haciendo los estudiantes, allá en los últimos meses de curso. Este año todavía no tienen hechas más que unas doce lecciones. Yo no explico más que una cosa que llamo *Preliminares*, que me ocupa unos tres meses y después la Idea general de la Introducción sorprendiéndome siempre el fin del curso en el análisis del concepto de derecho y, a lo sumo, en una rápida reseña de la historia de este concepto en los pueblos antiguos. Tengo horror a *los derechos naturales* hechos y derechos. (Si a pesar de lo dicho, usted insiste en tener un programa pediría el del año pasado a un muchacho.) En mi asignatura, en estas cuestiones generales, he pensado algo este año, pero he leído poco, por falta de tiempo.

Si ve usted a don Francisco Giner déle un abrazo y dígame que le voy a escribir, y que se cuide mucho, y que yo lo que él hasta me echaba una novia. Recuerdos a los amigos y reciba un cariñoso apretón de manos de su verdadero amigo,

Leopoldo Alas

Supongo que habrá usted recibido la carta en que le acusaba recibo de su libro sobre la Propiedad.²⁰

Rafael Altamira, ya un tanto seguro de sí mismo, seguridad a la que ha contribuido en buena parte su colega «Clarín», decide reunir en volumen algunos trabajos de crítica literaria bajo el título de *Mi primera campaña* y que sea un prólogo de Leopoldo Alas quien lo presente al público; tras la petición y aceptación correspondientes, pasó mucho tiempo sin noticias hasta que en diciembre de 1892 (carta sexta), Alas remitía a

(20) *Historia de la propiedad comunal*, con prólogo de Gumersindo de Azcárate (Madrid, 1890).

su paciente amigo las cuartillas prometidas, escritas con letra «infernál» y no lo breves y rigurosas que su autor deseara, pues le habían faltado para ello «tiempo y humor a propósito». En dicho prólogo,²¹ aparte sentidas confidencias personales del prologuista, importa su estimación de la tarea cumplida por el joven compañero, distinguido por la *justicia* y la *reflexión*, por la seriedad con que toma el arte, y adscribible al grupo de los críticos-científicos, «el más nuevo en nuestro país y el que ofrece más esperanzas». Los nombres de dos muy queridos amigos, periodistas ambos, Ochoa y Tuero —éste, que acababa de fallecer en Oviedo; aquél, recién ingresado en la redacción de «La Justicia», que entonces dirigía Altamira— saltan, enterrecidamente, a la memoria y a la pluma de Leopoldo Alas.

Sr. Dn. Rafael Altamira.

Mi querido amigo: ¿Qué dirá usted de mí? Pues no diga nada, porque, aunque parezca mentira, tengo disculpa para mi silencio. *Dentro de pocos días recibirá usted el prólogo dichoso* (subrayado con lápiz rojo), que no será como yo quisiera un estudio breve de usted y de la crítica actual, sino una bien intencionada sarta de lugares comunes, más o menos disfrazados, y sin más mérito que la brevedad.

Suyo siempre,

L. Alas

Oviedo, 1 de Noviembre 92.

Oviedo, 20 de Diciembre 1892.

Sr. Dn. Rafael Altamira.

Mi querido amigo: *Por fin* ahí va el prólogo que me ha salido muy contra mi deseo y mi propósito que era escribir algo, con motivo de su libro, de lo más *sincero* y pensado que yo hubiera hecho. Sin caer en el elogio [varias palabras ilegibles]. Pero si sigo esperando a tener tiempo y humor apropiado no hay prólogo en *otro* año. Lo que siento que se haya retrasado tanto la publi-

(21) Se ofrece el texto del mismo en Apéndice II.

cación de su libro por culpa mía no es para dicho. Mándeme pruebas (que corregiré a vuelta de correo), pues la letra es infernal. Sólo en el caso de que Vd. esté seguro de entenderlo todo y pueda corregirlo bien, puedo prescindir de tener yo pruebas.

A otra cosa.

Tiene Vd. en la redacción de "La Justicia" a un muy querido amigo mío, Juan Ochoa,²² a quien le recomiendo como si se tratara de un hermano mío. Ochoa es de los jóvenes de más *talento natural* y de más lectura literaria que han salido de aquí, y no salen muchos. Su aptitud especial es para escribir y escribir a su modo, original, claro, alegre y picaresco. Tiene mucha más intención y penetración que pueda parecer a primera vista, y acaso no se le pueda juzgar por los primeros trabajos a que pueda obligarle la distribución necesaria de la tarea periodística. Opino que en cuanto se haga *al medio* y dejándole cierta espontaneidad se lucirá de veras.

Ayer ha muerto aquí, a las 24 horas de llegar de Madrid enfermo, Tomás Tuero,²³ del "Liberal", que era, con Armando Palacio, mi mayor amigo desde los 12 años. Figúrese como estaré.

Recuerdos a los amigos y es suyo siempre admirador y leal amigo.

Leopoldo Alas

Le escribo a "La Justicia", avíseme si recibe la carta pronto.

(22) JUAN OCHOA (1864-1899), periodista y narrador a quien se deben excelentes relatos: *Su amado discípulo* —Madrid, 1894—, *Un alma de Dios* —Barcelona, 1892— y *Los señores de Hermida* —Barcelona, 1900—; véase: MANUEL FERNANDEZ RODRIGUEZ-AVELLO, *Vida y obra literaria de Juan Ochoa Betancourt* (Oviedo, I. D. E. A., 1955). "Clarín" quería entrañablemente a quien había sido "confidente de mis intimidades en las melancólicas mañanas de abril y mayo que pasábamos juntos hablando mucho de Dios, del amor y de la muerte, en este delicioso pedazo de paraíso que se llama el Campo de San Francisco de Oviedo [...] Hablábamos de la hermosa tierra que nos rodeaba, pero poco a poco la dejábamos para hablar de cosas del alma, de lo invisible, de lo misterioso. [...] Los dos creíamos en Dios firmemente. Esto era lo principal", (artículo necrológico *Juan Ochoa*, "Los Lunes de El Imparcial", Madrid, 5-VI-1899).

(23) TOMÁS TUERO (1851-1892), periodista en Madrid (redacciones de "El País" y "El Liberal", por ejemplo) y persona de muy ocurrente ingenio; véase: MANUEL FERNANDEZ RODRIGUEZ-AVELLO, *Tomás Tuero. (La leyenda de un periodista)* (Oviedo, I. D. E. A., 1958). "Clarín" dijo de él: "Tuero, aquel Tuero genial, mi mayor amigo en este mundo, con algún otro, el hombre de más talento en cierto modo largo de explicar que yo he conocido"; y a su muerte confesaba a Palacio Valdés: "A mí me inicia [este hecho] casi en la vejez y en sus pensamientos serios y tristes."

Abundante de noticias literarias «clarinianas» está la carta séptima: libros que han salido o que van a salir, editores, estimaciones que contrapesan insultos, y una cierta amarga tristeza puesto que, llegado a la madurez de los cuarenta años, Leopoldo Alas quisiera poder escribir menos y publicar solamente aquello que de veras le satisficiese y, sin embargo...

Oviedo, 16 de Septiembre 1893.

Sr. Dn. Rafael Altamira.

Mi querido amigo: He visto con mucho gusto letra de Vd. después de tanto tiempo de no comunicarnos nuestras ideas.

Hoy he encontrado a Ochoa y, en efecto, le veo delgaducho y que se queja de un catarro. Mucho me disgusta verle así, porque le quiero de veras.

He visto sus cuentos de Vd.²⁴ pero en ocasión en que no podía detenerme a leerlos. De todas maneras, siguiendo mi costumbre, que obedece a un criterio, nada le diré a Vd. de mi opinión tratándose de trabajos que Vd. destina a formar un libro. Ni para bien ni para mal quiero yo que mi juicio pueda influir en la suerte de un libro antes de nacer. ¡Hay tantos ejemplos, que Vd. recordará, de juicios de críticos que valían mucho más que yo, que después el público *casó* hasta hacerlos ridículos!

Después que Vd. publique el libro de sus cuentos, es claro que lo leeré y juzgaré con mucho gusto.

Gracias por la cariñosa forma en que Vdes. han anunciado mi "Señor etc.",²⁵ colección de cuentos.

Dentro de poco publicaré en Victoriano Suárez (y como ensayo de autoeditor) *Palique*²⁶, colección de de [sic] revistas y paliques.

Todo esto lo hago yo por el dinero. Si fuera rico publicaría mucho menos y de otra manera.

(24) ¿Tal vez los que iban a formar el tomo *Cuentos de Levante*, publicado en Madrid, 1895?

(25) *El Señor y lo demás son cuentos* (Madrid, 1893).

(26) *Palique* (Madrid, 1893). Se anuncia "en prensa" una 2.^a serie que nunca vio la luz.

Ya verá Vd. qué terribles son los 40 años en materia de *eautonomorumenos*; hay una tendencia muy fuerte a la *sobriedad* y a la *sencillez* incompatibles con ciertas exigencias de la vida corriente y con las deficiencias de la propia educación, etc., etc., que causa grandes desabrimientos.

He oído a Salmerón en el meeting de Gijón y he hablado con él. ¡*Hermosísima palabra!* Le encontré muy bueno y muy fuerte.

Respecto de Lasanta, no le aconsejo a Vd. que intente por ahora que le publique nada, porque sé por experiencia propia que el pobre no puede dar abasto a tanto libro como ha echado sobre sí. Puedo recomendarle a Fe o a Lasanta mismo²⁷ si Vd. insiste.

Suyo muy agradecido amigo es siempre.

Leopoldo Alas

(En el margen superior de la última cara, la cuarta, va escrito lo siguiente: "En el libro de Gómez Carrillo,²⁸ "Sensaciones de arte", publicado en París, hay una conversación con Zola en que éste se muestra muy agradecido a España, a sus traductores; alaba a Oller, menciona a D.^a Emilia, recuerda a Galdós y dice que "Clarín" es uno de los críticos que mejor le han estudiado en Europa. Vaya esto por ... los insultos del P. Blanco²⁹, por ejemplo.")

(27) Manuel Fernández Lasanta —que tenía su domicilio profesional en la calle Mesón de Paños, n.º 6— y Fernando Fe —Carrera de San Jerónimo, n.º 2— eran conocidos editores madrileños de por entonces y con ambos contrató "Clarín" libros suyos.

(28) El cronista guatemalteco ENRIQUE GÓMEZ CARRILLO (1873-1927), tan ganado por el París frívolo y el exotismo colorista, contó con la amistad y el buen trato de Alas, quien comentó libros suyos —*Esquisses*, 1892 y *Sensaciones de arte*, 1893— y puso prólogo al titulado *Almas y cerebros* (París, Garnier, 1898). Lo que Zola dijo de "Clarín", y Gómez Carrillo recoge, fue exactamente: "Savine n'a aussi parlé de votre Clarín [...] mais il paraît que c'est un des critiques qui nous ont le mieux étudié en Europe!"

(29) El agustino P. FRANCISCO BLANCO GARCÍA, autor de *La literatura española en el siglo XIX* (en tres tomos), no demasiado recomendable por su serenidad crítica aunque sí útil como instrumento informativo, estaba enemistado con L. Alas, y uno y otro se hicieron blanco de gruesos insultos. El P. Blanco García considera *La Regenta* como "disforme relato de dos mortales tomos que alguien calificó de arca de Noé, con personajes de todas las especies, y que si en el fondo rebosa de porquerías, vulgaridades y cinismo, delata en la forma una premiosidad violenta y cansada, digna de cualquier principiante cerril" (pág. 546, tomo II, 3.^a edición, Madrid, 1910).

No puede llamarse carta a la pieza octava (con un total de cinco breves líneas) de este conjunto; van escritas en una hoja de papel que ostenta el siguiente membrete (flanqueado por un escudo a la izquierda y un globo terráqueo a la derecha): «Continental Exprés/Agente de la Real Casa/Transportes-Terrestres y Marítimos/Carrera de San Jerónimo, 15. Madrid/...» Es el 20 de marzo de 1895 y aquella noche se estrena en el teatro Español, de Madrid, en una distinguida sesión de homenaje a la actriz María Guerrero, *Teresa*, «ensayo dramático» de Leopoldo Alas.

Sr. Dn. Rafael Altamira,

Querido amigo: Ahí va esa butaca para el estreno de *Teresa*, esta noche. Si no puede Vd. ir no deje de utilizarla.

Suyo,

L. Alas

Viene la novena carta pocos días después de la precedente invitación. Resulta comprensible la insistencia de Alas en su *Teresa*, cuyo estreno ha sido un fracaso bastante escandaloso pero, ¿no andarán equivocados espectadores y críticos? El novel dramaturgo, sin jactancia por su parte, así lo piensa a veces y desea que Altamira, experto en lides críticas, lea atentamente y opine sin pasión.

Oviedo, 1 de Abril [1895]

Sr. Dn. Rafael Altamira,

Mi querido amigo: En el tren leí el primer número de la Revista³⁰ que me gustó muchísimo. Ya veo que no es tan exclusivamente *sabia* que no pueda yo daries a Vdes. algo algo [sic] sin *desdecir* y algo le mandaré a la mayor brevedad. Le haré toda la

(30) Se trata de la "Revista Crítica de Historia y Literatura Españolas", que Rafael Altamira codirigió con Luis Ruiz Contreras desde marzo a setiembre de 1895.

propaganda que pueda: hablaré en "La Publicidad"³¹ y "El Imparcial".

Sé que para teatros entra en el *Heraldo Urrecha*.³² de modo que Vd. será para otras cosas, según me indicaba.

He mandado que le envíen a Vd. *Teresa*; si no la recibe puede pedirla a Jenaro³³ o a D. Benito [Pérez Galdós]. Léala con alguna atención, si puede ser comparándola con mi artículo "Del teatro" (Solos de Clarín) y vea si acaso lo *teatral*, lo *dramático* abarca algo más de lo que quiere aquí la inercia de la rutina.

Si habla de *Teresa* algo en la Revista espero que, por lo menos, se enterará Vd. de todo lo que he dicho en ella y no me silbará, aunque vea mi inexperiencia.

Suyo affmo. q. l. e. l. m.,

Leopoldo Alas

Breve y dolorosa es la misiva que sigue. Alas, que en setiembre de 1896 ha perdido impensadamente a su madre, tan querida —«Mientras vivió o mejor, mientras vivieron madre e hijo en Oviedo, cada cual en su hogar, no creo —escribe Adolfo Posada³⁴— que haya pasado un solo día sin que se vieran.

(31) Desde febrero de 1880 hasta abril de 1901 colaboró Leopoldo Alas, con mucha asiduidad, en el diario barcelonés "La Publicidad": Sergio Beser y Laureano Bonet, *ob. cit.*, págs. 171-209.

(32) FEDERICO URRECHA (1853-1935) bulló bastante en la vida periodística y literaria madrileña y barcelonesa. Publicó novelas, como *Después del combate (relación contemporánea)* y relatos breves, como los reunidos en *Cuentos del viac* que, con dibujos de A. Pons, sacó el editor Lasanta. Cronista general de "Los Lunes de El Imparcial" (sustituyendo a Ortega Munilla) y revistero de teatros en diversas publicaciones; de su labor al respecto dice esta ingeniosa y malintencionada quintilla:

En Bombay dicen que hay
horrible peste bubónica.
Aquí Urrecha hace la crónica
de un drama de Echegaray.
Están mejor... en Bombay.

(33) GENARO ALAS (1845-1918), hermano de "Clarín", del cuerpo de Ingenieros Militares hasta su retirada voluntaria en 1881; en 1891 se traslada a Madrid y entra en la administración civil del Estado, sirviendo en varios ministerios. *Persona de cultura extensa y sólida* publicó numerosos trabajos sobre temas científicos y militares.

(34) *Leopoldo Alas*, "Clarín" (Oviedo, Universidad de Oviedo, 1946); pág. 32.

La visita a su madre era el primer deber de Alas, y si estaba enfermo, su madre había de acudir a su lado. El beso diario de aquella simpática y fina viejecita era para «Clarín» invencible exigencia espiritual—, acompaña en el sentimiento a su amigo Altamira, cuyo padre había fallecido en Alicante el 10 de octubre.

Sr. Dn. Rafael Altamira.

Mi querido amigo: aún no tengo ánimo para escribir cartas, pero hago una excepción con Vd. por el tristísimo motivo de su desgracia, que me llega al alma, por las razones que Vd. me explicaba con tanta sinceridad y tan buen afecto.

Dios le conserve a su querida madre muchos, muchos años y le dé fuerza para seguir trabajando, que es el consuelo, o lo que sea, menos malo. Suyo de corazón,

Leopoldo Alas.

Oviedo, 17 de Octubre, 1896.

Un tribunal compuesto por Gumersindo de Azcárate, Antonio Balbín de Unquera, Matías Barrio y Mier, F. Brusi, E. Ferreyro, Esteban Jiménez y Marcelino Menéndez Pelayo votó en marzo de 1897 a Rafael Altamira como catedrático de Historia del Derecho Español en la Universidad de Oviedo. La noticia llena de júbilo a Leopoldo Alas y de ello es testimonio la carta número once; desearía tenerle ya residiendo en la ciudad, explicando en su cátedra; «el país, cuando no llueve, delicioso» y la Universidad, más bien que mal aunque haya mal —«plantas parásitas, covachuelistas, reaccionarios o pastejeros»—. (La llegada de Altamira sería espléndido refuerzo para el grupo serio y trabajador y en 1898, promovido por un discurso suyo en la apertura del año académico y eficazmente apoyado por Alas, comenzó en Oviedo el movimiento de «Extensión Universitaria»).

Oviedo. 25 Marzo 1897.

Mi querido amigo: ayer me enseñó Sela³⁵ un telegrama de Azcarate en que nos anunciaba que era Vd. catedrático de Oviedo.

Le doy y me doy la enhorabuena. Aquí hemos recibido la noticia con gran júbilo. Se alegran hasta muchos que no le conocen a Vd., pero saben quien es. Creo que Oviedo, a la larga, ha de agradarle a Vd. y si bien en la Universidad ha de encontrar muchas plantas parásitas, covachuelistas, reaccionarios o pasteleros, tendrá en cambio un núcleo de verdaderos amigos del estudio, liberales y buenos, y fuera de la *casa* no falta gente de buena intención y simpática. El país, cuando no llueve, delicioso.

Yo no hice nada de aquello que Vd. me indicaba, porque no me parecía eficaz: ahora, cuando me hablaron de posibles dificultades iba a escribir a Vd. proponiéndole algo que acaso sería mejor; pero por fortuna no ha hecho falta nada de eso.

Mucho deseamos tenerle pronto por aquí.

Muy cariñosos recuerdos a don Francisco, Cossío³⁶, etc., y le quiere muy de veras su leal amigo y compañero,

Leopoldo Alas.

En el otoño de 1897 L. Alas viaja a Madrid, cuyo Ateneo le ha encargado un ciclo de lecciones acerca de «Teorías religiosas de la filosofía moderna», asunto que va muy bien con sus preocupaciones, meditaciones y lecturas de hace algún tiempo. No hay queja en cuanto a asistencia de público, pero ¡qué tremenda ignorancia descubre entre los ateneístas!; «ayer

(35) ANICETO SELA SAMPIEL (1863-1935), catedrático de Derecho Internacional de la Universidad de Oviedo cuando Alas y Altamira formaban parte de su claustro. Colaboró eficazmente en las tareas de "Extensión Universitaria". Prologó el tomo X de las O. C. de Giner de los Ríos, *Pedagogía universitaria*, y es autor de buen número de trabajos acerca de su especialidad de internacionalista.

(36) MANUEL BARTOLOME COSSIO, doctor en Filosofía y Letras por la Universidad de Madrid, director del Museo Pedagógico Nacional, hijo espiritual de Giner de los Ríos (así lo llamó Joaquín Dicenta), fue una de las figuras más ejemplares de la Institución Libre de Enseñanza; a su muerte en Madrid, 1935, escribió el Dr. Marañón: "El que haya hablado con Cossío puede decir que ha recogido del mundo una de aquellas emociones que muy pocos alcanzan." Es autor de un libro ya clásico sobre "El Greco". (Véase el n.º 244 de "Insula": III-1967, con artículos de homenaje y recuerdo.)

—le escribía a Posada³⁷— di mi segunda conferencia en el Ateneo. Más público que el primer día. Parece que la cosa cuaja e interesa. A mí me apura el que al paso que tengo que ir, con todo el programa tendría para un año; pero todos hacen lo mismo y el precipitarse es peor. En general, los ateneístas están en el año 75 en estas cosas. Conozco que no saben más que vagamente de esta corriente general.» Fue entonces cuando conoció personalmente al joven José Martínez Ruiz, el intrépido autor del explosivo *Charivari*³⁸. En Madrid, «Clarín» rememora pasados años de lucha literaria, conversa con antiguos y buenos amigos, lo pasa bien, muy bien pero... «me mortifica mucho el estar ausente de mi mujer y de mis hijos», confiesa sin temor a que le motejen de sentimental.

Madrid. 21 de Noviembre 1897.

Sr. Dn. Rafael Altamira.

Mi querido amigo: mucho le agradecí su cariñosa carta. No hablo ya de aquellas cosas, por viejas y porque en mis cartas a los Adolfos [Posada y Buyl] les decía que las tuviera Vd. por suyas.

Mucha gente me pregunta aquí por Vd.

Yo lo paso en Madrid muy bien, pero me mortifica mucho el estar ausente de mi mujer y de mis hijos, y a todos VV., los verdaderos amigos, los echo de menos mucho.

No sé todavía cuando volveré, porque aunque no termine mi curso, por lo menos quiero dejarlo algo adelantado.

Si se le ocurre algún encargo por aquí ya sabe que me tiene a su servicio con el mayor gusto.

Recuerdos a los Adolfos, Sela, rector, etc.

Su leal amigo agradecido que le quiere de veras.

Leopoldo Alas.

(37) *Ob. cit.*, pág. 19.

(38) JOSE MARIA MARTINEZ CACHERO, "Clarín" y "Azorín". (*Una amistad y un fervor.*) ("AO.", Oviedo, III, 1953, págs. 159-180). // Martínez Ruiz publicó en "El Progreso" (Madrid, n.º del 17-XI-1897) un artículo, "Clarín" en el Ateneo, donde se muestra en desacuerdo con éste cuando predica la caridad.

Cierra este epistolario una carta de recomendación que no lleva fecha y que ha de situarse entre la incorporación de Rafael Altamira al claustro ovetense —curso 1897-1898— y el fallecimiento de Leopoldo Alas —junio de 1901—, quien sólo pide *justicia*, claro está que de la mano de cierta benevolencia, para el hijo de un honesto juez rural víctima del caciquismo reaccionario de don Alejandro Pidal y Mon y de sus fieles, caciquismo al que precisamente los catedráticos liberales de la Universidad de Oviedo presentaron la primera batalla eficaz.

Sr. Dn. Rafael Altamira.

Mi querido amigo: el dador es hijo del juez de Laviana, el Sr. Olmedilla, trasladado por oponerse a las caciquerías de Pidal. Hombre justiciero e independiente. Por esa traslación su hijo tuvo que estudiar libremente y por error de su padre, estudió el Antequera nada más. Le ruego tenga Vd. en cuenta esto al examinarlo, así como a su hermano que está en el mismo caso.

No pido más que *justicia*, pero me haría mucha *gracia* que Vd. pudiera, sin pecar, complacerme.

Suyo siempre,

Leopoldo Alas.

* * *

Así concluye, con unas palabras de recomendación, este epistolario (solamente una cara del mismo, y acaso no completa) que muestra la amistad existente entre Leopoldo Alas y Rafael Altamira, nacida por motivos literarios —la coincidencia crítica a propósito del naturalismo— y, muy pronto, acrecida por la simpatía y la estimación personal. Respecto de «Clarín», autor de las trece cartas, no queda descubierto nada sustancial suyo que ignoráramos, pues las preocupaciones por la falta de tiempo, por la quebrantada salud, por la faena literaria obligada —«todo esto lo hago yo por el dinero» (carta séptima)—, o su talante sentimental, o la entrañable meditación religiosa resultan aspectos bien sabidos. Altamira,

que aparece aquí como sujeto pasivo, debió a su corresponsal atención y aliento, consejo sin pedantería y aplauso honrado de colega algunos años mayor y más duramente tratado por la vida. Después de extinguida ésta, Rafael Altamira no había de olvidarle y en su obra completa se encuentran bastantes ejemplos de cordial y sereno homenaje a Leopoldo Alas³⁹.

JOSÉ M.^a MARTÍNEZ CACHERO

APENDICE I

«Clarín» y Palacio Valdés en Italia

La Nueva Antología publica en uno de sus últimos números un artículo de G. A. Cesáreo, sobre *El naturalismo en la novela española*. El autor, después de algunas consideraciones sobre la escuela naturalista, que le parece muy mal, y de cuya rama española considera jefes a Emilia Pardo Bazán y a Leopoldo Alas, pasa al examen de este último, como novelista, y escribe un minucioso juicio sobre *La Regenta*, que tiene como la obra capital de «Clarín».

El primero y más saliente de los defectos del libro —dice— es la falta de unidad. Cree el señor Cesáreo, que Alas, si concibe bien el armazón de la novela, la arquitectura de la narración, descuida la ley de proporciones, se enamora de los detalles, y más que de los detalles, de cada una de

(39) Vaya representando el conjunto su pieza más extensa y valiosa: «Leopoldo Alas. I. El literato; II. El profesor» (págs. 82-99 del volumen *Cosas del día*. Valencia, 1907).

las figuras en particular, a las que no escatima dato, observación ni elemento que pueda concurrir a su mayor realce, dibujándolas minuciosamente sobre el fondo, tratado a conciencia, del medio en que viven y en cuya relación forman y significan su vida. Esta es la causa de que a propósito del *Magistral*, se detenga "Clarín" en la descripción "de las ambiciones, los rencores, la malignidad del clero de una iglesia"; que para presentar a D. Alvaro, presidente del círculo de Vetusta, se extienda en la pintura del local, las costumbres, los gustos, el origen de los socios, y que para contar y explicar la caída de Ana Ozores, "haga la historia de la sociedad de Vetusta". Con esto, "la acción sirve para producir mil pretextos de estudios de caracteres, de descripciones de paisaje, de análisis de ambientes", pagando tributo a un *vicio de método* que diluye la acción, disminuye la fuerza del drama y distrae de la idea principal de la obra.

Este defecto ciertamente ha sido notado entre nosotros por muchos. Hay demasiadas cosas en *La Regenta*, aunque están maravillosamente contadas. Y es que, caso aparte de las opiniones de preceptiva de "Clarín", en su pensamiento tiene menos importancia la historia de Ana que la pintura de la sociedad vetustense, cuya vida ha sentido y palpado, y que se le impone con todo el atractivo de la realidad y de los estudios de conjunto, llamado por su sentido moderno de los estudios sociales y por la invencible tendencia satírica, humorística de su espíritu.

El crítico de *La Nueva Antología* señala otro defecto en los caracteres: dice que son todos "vacilantes, indefinidos, vaporosos", y lo que es esto, sí que no pasa. ¡Indeciso el del Magistral! ¡Vacilante el de Ana! ¡Vaporosos ninguno de los de segundo término, en que hay figuras tan fuertemente marcadas, con tanta personalidad como el obispo, por ejemplo, como los compañeros de D. Fermín, como Ronzal, como D. Santos...! Y sobre todo, ¡indefinido, vacilante el carácter de doña Paula, que parece un alto relieve, por lo acentuado y saliente de las líneas duras, secas y firmes, como es ella! Al señor Cesáreo le parece que

el único personaje determinado y viviente de *La Regenta* es D. Victorio [sic] de Quintanar. Ninguno menos. Por poco cita el crítico italiano a Mesía.

Ni como importante lo es, al lado de otros, el tipo de D. Victorio, que sólo allá, al final del tomo segundo, sale a primer término: produciendo una impresión simpática la figura de aquel pobre viejo que ve rota de una vez la ilusión de su vida. Aquellas últimas páginas, aquella última cacería con Frigilis, tiene un encanto dulce y melancólico indecible, que parece emanar del tono gris del paisaje, de las nubes gruesas y sucias que cubrían el cielo.

El crítico reconoce que la parte psicológica es la mejor de la novela. Lo que yo no sé es si ha advertido el señor Cesáreo que, aparte de los tres capitales estudios psicológicos de *La Regenta* —el Magistral, su madre, Ana— hay la psicología del medio, que no cede a las anteriores en valor ni en detalle.

Por las “cualidades formales”, le parece “Clarín” al articulista, “un novelista de primer orden”. “Tiene —dice con acierto—, todas las aptitudes para llegar a ser un gran novelista”, pero, añade más abajo, sus condiciones se prestan más para la novela humorística que para la de costumbres. Buena prueba de ello es su *Mosca sabia*, narración que con justicia admira el Sr. Cesáreo; quien termina de este modo, dirigiéndose a Leopoldo Alas: ¿Por qué no intenta algo en la novela humorística? ¿No le parece que las aventuras fantásticas de Swift, tienen tanto valor como cualquiera otra de Gorje [sic] Elliot o de Carlos Dickens? “Creo que Alas, ensayando y trabajando, tiene condiciones para llegar a ser el novelador humorístico de la España contemporánea.”

Así lo creemos todos. Porque “Clarín” tiene tres cosas que bastan para hacer de él lo que el Sr. Cesáreo aconseja: ideal, talento de observación y sentimiento. Por eso, es hoy el primer crítico español, el verdadero crítico, cuyas funciones y cuyo carácter no ha entendido aún la mayoría de los que tal título se arrogan, atentos a lo más ex-

terno y personal del oficio, que con ser lo común y corriente, no es mucho si a veces alcanza a quien está muy por encima de ello.

Palacio Valdés. *a domani*.

FEDÓN

(“La Justicia”, Madrid, 11-IV-1888).

APENDICE II

Prólogo

La profesión de las letras para el que tiene que considerarlas, en su aspecto económico, cual un oficio, lejos de ser un arte liberal, es una servidumbre disimulada. No importa que el literato se haya emancipado de Mecenas: ¡tal vez era mejor ser esclavo del magnate que ser el *siervo de la pena*! ¿Qué peor esclavitud que la de las *cuartillas blancas*, nuestra gleba, un desierto infinito que hay que ir poblando de frases y de ideas, si se puede, hasta la muerte?...

La fabricación del papel continuo me causa el escalofrío que debía de sentir en presencia de las máquinas inquisitoriales el condenado al tormento. La aprensión del miedo me hace temer por momentos que toda aquella blancura tengo que emborronarla yo...

¡En España, particularmente, hay que escribir tanto para vivir de la pluma!... Y después, cruel ironía de la suerte inocente e implacable, cuando se empieza a realizar el sueño dorado de la juventud inexperta y se tiene *parroquia*, colocación segura y lucrativa para miles de artículos, es justamente cuando la madurez de los años nos ha traído

a esta natural tendencia de todo hombre reflexivo y desencantado a sentir un poco la vocación de trapense. ¡Callar! ¡Qué delicia! ¡Callar como callan eternamente los cielos, cuyas armonías, que Pitágoras creía oír, consisten en el absoluto silencio! Callar como el cielo, el del espíritu, que jamás (¡oh, es bien seguro, jamás: el cielo es justo, sí es, y no sería justo si a unas voces contestara y a otras no!, que jamás dio respuesta a las depreciaciones humanas, ni siquiera a las más sublimes y para siempre solemnes en la historia!... ¡Callar es tan sincero! ¡Cabe, además, tanta idealidad en el silencio! El silencio es la oración en el culto del Misterio, quinta esencia de las religiones.

Si yo quisiera hacer una síntesis fiel y exacta, ingenua, del resultado actual de tantos miles de batallas como se han dado en mi corazón y en mi cerebro, la fórmula más adecuada y acaso más bella, la encontraría en el silencio. No en el silencio que es una negación, una oposición, una terquedad, sino en el silencio que habla callando, como Andrómaca lloraba riendo.

A los veinte años pensaba yo: ¡tengo tanto que decir! A los cuarenta pienso: ¡tengo tanto que callar! No me pidáis que explique hablando lo que quiere decir todo esto: sería contradecirme; además, no me entenderían más que los hombres de cierta edad, los que callan también y no necesitan que otro les diga por qué callan...

No crea, mi querido amigo Altamira, que va todo esto para negarle el *Prólogo* que le he ofrecido hace más de medio año. Viene a cuento esa digresión que parece melancólica, y no lo es por completo, porque esta pícara necesidad de hablar sin ganas, sin nada bueno que decir, y con algo bueno que callar, me ha obligado también a tener relegado, no al olvido, sino a lo imposible, por muchos meses, este *Prólogo*, que yo tanto hubiera querido hacer a mi gusto, con tiempo, con tanto tiempo... que hubiera tenido bastante para reducir mi trabajo a muy pocas cuartillas, meditando lo suficiente para ahorrar todo lo superfluo.

Un día Moreno Nieto, en el Ateneo viejo, mientras yo llenaba papel para un periódico, me puso la mano en el hombro y me dijo con su voz temblorosa y apagada, de *timbre evangélico*, sonriéndose:

—¡Cuidado, que Dios pide cuenta de las *escrituras ociosas!*...

—Es para comer —contesté levantando los ojos hacia el maestro.

Moreno Nieto se puso muy serio, algo triste, y siguió adelante exclamando:

—¡Ah, eso es otra cosa!

Para no escribir *lo ocioso*, hay que ser muy rico o de dinero o de tiempo.

Hoy la necesidad convierte a la mayor parte de los escritores en unos charlatanes.

Cuando veo mi firma reproducida cien y cien veces al pie de tantos y tantos artículos, y después contemplo la respetable tranquilidad de un acomodado burgués que nunca ha escrito en periódicos, si él me mira con cierto aire de benévola superioridad, como suelen, me entran deseos de decirle:

—Aunque vea usted que escrito tanto... no crea que soy tonto. Toda esa prosa es mi manera de ser pobre. Compadézcame usted como yo al desnudo, y déme la única limosna que yo puedo admitir, la consideración que merece el que no calla, porque no puede... ¡El prólogo, el prólogo para Altamira! Hace tanto tiempo que lo tengo hecho. Pero hecho para mis adentros; para callado. Ahora el escribirlo es ir *deshaciéndolo*. El resultado de mi prólogo era el silencio con que yo apreciaba y aprobaba la tarea crítica de mi querido amigo y compañero. El no lo sabía, y nada va a ganar con saberlo. Después de leer el libro que sigue a estas cuartillas mías, creció en mi espíritu la grande estimación en que ya de antiguo tenía el talento, el carácter y el corazón de Rafael Altamira. Si se hubiera nece-

sitado probar con actos y no con palabras estas novedades que mi compañero ignoraba, hubiera él podido advertir de mejor manera que yo le quería más y le admiraba más que hace algún tiempo.

Ahora hay que recurrir a la sospechosa y vulgar manera de hacérselo comprender, que consiste en decírselo.

Pero a lo menos ayúdeme el lector, y ayúdeme Altamira, adivinando lo más de lo que fuera del caso decir.

Si empezara a exponer aquí mis ideas acerca de la crítica, de su concepto, de su historia, de su porvenir... no me bastaría la mitad de este volumen. No porque yo sepa mucho, sino por lo mismo que sé poco, y en dudas, tanteos y digresiones tendría que emplear mucha tinta. Demos por supuesto que algo he leído y pensado acerca de las transformaciones por que ha venido pasando el oficio social de la crítica desde que ésta es, a sabiendas, una forma especial de actividad literaria, y coloquémonos de un salto en su estado actual en España y en lo que en ella representa ya Altamira.

Sí, porque ya representa algo y aun algunos. No quiero adularle diciéndole que es un crítico popular, de esos a quien una parte del público bien intencionado, pero indocto, elogia sin examen y sigue a ciegas, mientras otra parte del mismo público insulta y calumnia y desprecia, también a ciegas y hasta sin leerlos.

El crédito de Altamira se va extendiendo todavía entre los aficionados inteligentes de la ciencia y de las letras, y *va callado por las montañas, no gárrulo y sonante por las huecas cañas de las trompetas gacetilleras...*

Ya se sabe que la profesión de la crítica en pocos es hoy exclusiva, y hasta hay cierta afectación algo ridícula en hacer alarde de profesar únicamente en el sacerdocio de los Aristarcos, cuando en realidad hay aptitud y vocación para otras cosas. Van quedando pocos críticos con uniforme. La crítica es un género que no debe mezclarse con otras cosas, pero los críticos pueden ser algo más que jueces, aunque la

crítica sea ante todo un juicio. No soy de los que piensan que la crítica moderna no juzga, *canta*, cuenta impresiones, describe *estados de alma*, filosofa o analiza científicamente. No; la crítica no es ciencia naturalista, ni poesía lírica, ni novela psicológica. es... lo que siempre, juicio estético. Pero el crítico es ante todo hombre, que puede ser poeta, novelista, científico, etc., etc.

Hoy, muchísimos poetas, novelistas, etc., se convierten en críticos para defender su escuela y hasta sus obras, y muchísimos críticos escriben sin miedo poemas, novelas, tratados científicos, etc., etc., comprendiendo que, aunque en sus obras tengan defectos, no por eso pierden autoridad, si ya disfrutaban de ella, porque el que critica no se entiende que quiere dar a entender que él sería capaz de la perfección que predica. Si no hubiera más sermones que los del hombre perfecto, probablemente no habría sermones. Goethe fue crítico y poeta; Lessing, crítico y poeta de varios géneros; Schiller, crítico y poeta; Voltaire, crítico y poeta; Sainte-Beuve, crítico y poeta... y así de ciento. Hoy, por ejemplo, en Francia, Zola, novelista, escribe crítica; Le-maître, crítico, escribe comedias; Bourget no se sabe qué es más, si novelista o crítico... y en España, Balart, crítico, es poeta; Valera, crítico, novelista. Es una vulgaridad insistir en esto. Nadie lo niega. Altamira, crítico de letras, es además hombre de ciencia, autor de muy notables estudios acerca de la historia de la propiedad y de la enseñanza de la historia. En una clasificación de la crítica española contemporánea, le cuadraría entrar en la casilla de los críticos-científicos.

Es este grupo el más nuevo en nuestro país y el que ofrece más esperanzas, juntas con algunos peligros.

La crítica española moderna ha sabido brillar por el ingenio más que por la ciencia, el gusto y la reflexión.

Leyendo a nuestros críticos de algunas décadas atrás, no se aprende más sino que eran hombres de chispa, los que lo eran. Hay algunos que tienen mucha fama, a quien ya

no se puede leer, ni por lo que tenían que decir, ni por el modo de decirlo.

No es por la forma por lo que más valen estos escritores nuevos que yo miro como una esperanza. La mayor parte de ellos son demasiado poco nerviosos, a lo menos en su estilo. No suelen tener gracia, ni *salidas*, ni *originalidades*... ¡pero tienen tantas buenas prendas, que en España eran lo más necesario!

Aquí pasan por literatos *cultos* hombres que hacen alarde de no saber lo que en otros países sabe cualquier bachiller en letras.

Nuestros *críticos científicos*, que ahora empiezan, siempre enseñan algo al lector, porque jamás escriben sin estudiar concienzudamente su asunto, y además están preparados con lecturas largas y serias.

Altamira, se nota pronto leyéndole, se distingue por la *justicia* y la *reflexión*.

Da a cada uno lo suyo, y medita mucho antes de presentar un fallo. En uno de sus primeros ensayos, largo trabajo acerca del *naturalismo*, escrito cuando ya se había hablado muchísimo de esta tendencia literaria, todavía su espíritu de imparcialidad y su atención profunda supieron encontrar novedades críticas, ideas muy justas, rectificaciones muy oportunas.

Lleva nuestro escritor a la crítica literaria la misma escrupulosa conciencia que emplea en sus trabajos de pedagogía y de sociología; toma muy en serio el arte, y así se le ve analizar con suma atención y constancia de benedictino los caracteres de una novela o de un drama. Sea ejemplo de este prolijo y detenido estudio lo que ha escrito acerca de las *mujeres* de las novelas de Daudet.

Respecto de la procedencia filosófica y literaria de Altamira, puede decirse algo semejante a lo que pocos meses ha escribía yo en otro prólogo hablando del notable publicista y catedrático D. Adolfo Posada; puede afirmarse que

es Altamira uno de los epígonos del krausismo español, sólo que... póstumo. No quiere esto decir que sea un krausista, así como suena, sino que discípulo y amigo de Giner y Salmerón, ha recibido de ellos, de Giner particularmente, el impulso pedagógico, en el más noble sentido de la palabra. Altamira es, sin embargo, un pensador ante todo independiente, y así se le ve seguir por su cuenta y riesgo, y con toda originalidad y sinceridad, la mansa corriente, que va siendo general, hacia futuros idealismos que en cierto sentido pueden llamarse religiosos. Y lo que es en este camino no cabe decir que le haya impulsado el señor Salmerón.

De lo que en general se puede llamar el positivismo moderno, Altamira tiene también algo; las excelencias del método analítico, escrupuloso y perito; pero va sabiendo a dónde llega el poder del análisis que se basa en hechos que caen bajo la acción de los sentidos.

Ama la verdad sobre todo, pero entendiendo que amar la verdad es amar un objeto; porque el amor de la verdad sin esto sería una idolatría como otra cualquiera, idolatría a que sucumben muchos que se llenan la boca proclamando que no tienen ninguna religión.

A la literatura lleva Altamira su filosofía y su método, y es en este concepto un crítico de lo más moderno que cabe. Sólo quisiera yo verle un poco más aficionado a los clásicos. Sus teorías, sus ejemplos, sus alusiones, sus imágenes, nos hablan pocas veces de griegos y romanos y de españoles de los siglos de gloria. Si mi consejo valiera, yo pediría a Altamira, que puesto que él ha de ser, con otros de su índole, quien trabaje para formar el gusto de las generaciones que ahora empiezan a leer y escribir, dejara ver en sus críticas más a menudo la sagrada huella del arte griego y latino, pues no en broma profesamos aquello de que hay algo en la antigüedad clásica que fue una sola vez en el mundo y no debe olvidarse.

No desmaye, mi querido amigo, ni desmayen los que con él forman en el *pelotón sagrado* de la novísima crítica científica (científica por ellos, por los críticos) en la inte-

resante y utilísima labor que les está encomendada por su vocación y sus facultades: sigan animando nuestras decaídas letras con el aliento del *modernismo* sano y culto, y cuanto más despego y mayor apatía encuentren en el público, cada día más indiferente, luchen con más fuerza.

Vengan a lograr lo que no hemos conseguido otros, que hemos predicado años y años la necesidad de una ciencia, que nosotros amamos y ellos tienen.

CLARÍN

(Págs. 1-13 de *Mi primera campaña*, Madrid, 1893.)